

Revista de Ciencias Sociales

Vol. X

Diciembre, 1966

Núm. 4

EL COLONIALISMO BRITÁNICO: EL LEGADO SOCIAL*

Por GORDON K. LEWIS**

LA sociedad antillana inglesa debe ser vista como parte integral de la más amplia sociedad del Caribe. Simultáneamente posee, desde luego, sus propios rasgos distintivos. Pues cada sistema cultural metropolitano dejó su sello especial en cada uno de sus súbditos coloniales, los franceses en Martinica, los holandeses en Surinam, los españoles en Cuba. Parejamente, los ingleses en las Indias Occidentales, creando una cultura local casi completamente derivada de los valores ingleses más suburbanos, aun cuando geográficamente estuviera remota de sus fuentes ancestrales. Los ingleses así lo hicieron con más éxito en aquellas islas, como Barbados y Jamaica, donde, por decirlo así, aguardaba su inpronta una *tabula rasa* cultural. Una sociedad como la de Trinidad, con unos dos siglos de ocupación española y francesa, antes de la británica, no se prestó rápidamente a una inglesificación completa. Esto explica, tanto como cualquier otro caso, porque, aún en el presente, pasar de Bridgetown a Port of Spain es pasar de una ciudad mercantil, tropical, inglesa, a una vida de ciudad bizarra y bizantina, y por qué el centro de la sociedad de las Indias Occidentales, como una cultura *sui generis*, es Trinidad y no Jamaica. Sin embargo, aún en Trinidad, la fuerza de dirección principal ha sido inglesa, tanto así

* Tercer capítulo del libro que Gordon K. Lewis prepara sobre la cultura de las Indias Occidentales, con el título de *The Growth of Modern West Indies*, traducción de José Emilio González.

** Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Puerto Rico.

que la contigüidad física del territorio con la costa firme latinoamericana ha surtido sorpresivamente un efecto mínimo sobre su evolución sociocultural. Los habitantes de las Indias Occidentales, como un pueblo, han sido formados principalmente por Inglaterra y ciertamente no son menos ingleses porque se rebelen contra el sistema creado por Inglaterra. Esa es la razón porque aun un radical nacionalista, como el doctor Eric Williams pueda ser al mismo tiempo un entusiasta hombre de Oxford; porque un hijo literario del país, como Vida Naipaul, pueda describir, al estilo de Dickens, su propia cultura local al mismo tiempo que revela su rechazo de la misma, en favor de una anglicidad tipo Indias Orientales, y porqué un insurrecto profesional trotskista de las Indias Occidentales, como C. L. R. James, pueda simultáneamente constituirse en el mezquino panegirista, al estilo victoriano, de la clase de los *gentlemen* ingleses. Aun para la "intelligentia" de las Indias Occidentales —que pudo haber hecho algo mejor— ha sido raro mirar más allá de los horizontes de su sociedad como una dependencia cultural inglesa; y una excepción, como la del difunto Adolphe Roberts, cuyo libro *The French in the West Indies* lo señaló como nacionalista romántico jamaicano, a la manera latina antes que a la manera anglosajona, sólo sirve para probar la regla.

Ya he destacado el carácter de la vieja sociedad de las Indias Occidentales antes de 1834.¹ Fue reemplazada, después de esa fecha, por la sociedad posabolucionista que se prolongó, sin cambios importantes, hasta que acontecimientos cataclísmicos —los bien difundidos motines de 1935-38, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la desintegración de los viejos imperios coloniales después de 1945, el crecimiento del nacionalismo— le impusieron cambios revolucionarios que todavía (1967) no han terminado. Durante un siglo, más o menos, la nueva sociedad tropical, basada en el trabajo libre, establecida por la Emancipación, se desarrolló siguiendo trayectorias fijadas por los modos de pensamiento burgués, cristianos, típicos de la Era Victoriana. Fue una relación casi completamente unilateral, ya que, como colonias menores, las capitales locales de estas Indias apenas si podían influir en la cultura o la política metropolitanas. La crisis en torno a la constitución de Jamaica, que precipitó la caída del gobierno Melbourne en 1839 marca el fin, de hecho, de la importante influencia indooccidental sobre la política inglesa, hecho finalmente demostrado por el fracaso, casi treinta años más tarde, del Comité Londres-Jamaica, en su empeño por crear dificultades al gobierno Derby, de 1865, con

¹ Se refiere el profesor Lewis a cosas dichas en capítulos anteriores de su libro. Nota del R.

motivo de la "rebelión" de Morant Bay, en Jamaica, el mismo año. La influencia cultural fue todavía menos evidente, y la imagen que de la Indias Occidentales floreció en Inglaterra fue muy parecida a la que proyectaban los pasajes de *Jane Eyre* que se refieren a Jamaica, una especie de trasfondo "gótico"² siniestro, productor de la mezcla de razas y de la locura, a pesar del hecho de que la Antigua del Sir Thomas Bertram, de Jane Austen, y la St. Kitts de la Miss Swartz, de Thackeray, eran minas regulares de riqueza que financiaban los Mansfield Parks de toda Inglaterra. También debe observarse que el éxito final del movimiento abolicionista terminó con la popularidad del tema de las Indias Occidentales, expresado en la literatura abolicionista inglesa de la Edad Augustana y muy bien documentado en la obra de Wylie Sypher *Guinea's Captive Kings*. Eso explica porque —aún hasta el presente— la concepción que el inglés común y corriente tiene de las cosas de las Indias Occidentales ha sido una mezcla de prejuicios, carentes de información, y condescendencia paternalista, de modo que todavía en los años del cuarenta del siglo actual, Lord Olivier pudiera querellarse de que sus propios libros, fuentes de autoridad sobre Jamaica, hubieran sido recibidos por los diarios de Londres como si se tratara de meras guías de sitios agradables para residir —las Indias Occidentales— y no como una defensa minuciosa de los pueblos sojuzgados de esas Indias contra el capitalismo colonial.¹ Y no deja de ser uno de los aspectos más irónicos de la anglicidad de las Indias Occidentales el hecho de que sus habitantes conservaran por tanto tiempo un anglofilismo victoriano, un chauvinismo casi imperialista y una lealtad, falta de crítica, a la Corona, muchísimo después que tales actitudes habían declinado en la Gran Bretaña misma. Sólo el *risorgimento* más reciente del nacionalismo indooccidental promete tal vez que, finalmente, se liquide tal clima de opinión.

Mientras tanto, ese clima de opinión sólo puede ser comprendido si los factores más importantes que lo formaron son entendidos. La sociedad posabolicionista ha sido llamada un "nuevo orden". Hasta cierto punto, es verdad. La abolición de la esclavitud, en que seres humanos eran tratados como bienes muebles o enseres, precipitó una verdadera revolución en las relaciones de propiedad, en la cual el nexa "amo-esclavo" fue sustituido, aunque fuese lentamente, por el vínculo de patrono-inquilino. El sistema de aprendizaje, mal concebido —experimento que fue adoptado en todas las islas, salvo Antigua y Bermuda— sólo sirvió para generar más resentimiento popular

² El término "Gothic" en inglés se refiere principalmente a un tipo de novela que floreció a fines del siglo XVIII, donde se cultivaban los temas del misterio, el horror y lo sobrenatural. Es de filiación romántica. Nota del traductor.

contra la alianza de los hacendados (*planters*) con los políticos de las asambleas coloniales, quienes habían abrigado la esperanza de conservar el espíritu de la esclavitud bajo la letra de la libertad. La táctica de la rebelión de los esclavos fue substituida con la negativa a continuar trabajando bajo el sistema de plantación o, como en Jamaica, con la huída de la plantación a las montañas. La lucha económica entre los antiguos amo y esclavo continuó pero en nuevas formas, de modo que el trabajador llegó a depender más y más de su nuevo poder para influir las tasas de salarios y el terrateniente de su poder sobre la renta, respaldado por el poder para el deshaucio. El postulado básico de la esclavitud —que, como Caimes lo enunciara, es: la economía más eficiente, es aquella que exprime en el menor tiempo posible la mayor cantidad posible de esfuerzo de la "cosa" humana, que es el esclavo— este postulado desapareció para siempre. Pero desapareció para ser reemplazado por el principio capitalista de la oferta y la demanda, aunque fuera dentro del subdesarrollado marco semifeudal de las Indias Occidentales. La historia de las luchas obreras en las Indias Occidentales comienza justo en este punto y los anales de tales disputas durante el temprano período del sistema de aprendizaje, descrito plenamente por W. L. Burn en su *Emancipation and Apprenticeship in the British West Indies*, ponen en claro cómo un nuevo instrumento, el magistrado estipendiario, dio al esclavo emancipado un poder de regateo y una representación legal, independiente, desconocidos en la economía de esclavitud.

Todo esto, además estuvo acompañado por mutaciones profundas en la estructura de la sociedad, pues el 1834 sin duda alguna marcó el comienzo de una nueva fase societaria en la que los viejos grupos del hacendado (*planter*), el mercader monopolista y el funcionario colonial blanco fueron paulatinamente sobreesidos, tanto en poder económico como en *status* social, por los nuevos grupos del cultivador criollo, el labrador y el político indígena (*nativo*). La decadencia de la vieja clase de los hacendados (*planters*), que había comenzado mucho antes de la Emancipación, ha sido descrita en el clásico volumen de Ragatz. Este declive estuvo acompañado por la emergencia de la clase de los "mulatos emancipados", compuesta del creciente número de negros campesinos que se beneficiaron del proceso de manumisión, la atención solícita de los padres blancos y circunstancias económicas especiales, y quienes rápidamente se convirtieron en gentes urbanizadas y profesionales de la ciudad. Este proceso general también había comenzado mucho antes de 1834. El historiador jamaiquino Edward Long observó ya hacia 1774 el virtual monopolio de esclavos

en el sistema mercantil interior de Jamaica, y las memorias de los misioneros y los informes de los magistrados estipendiarios indicaban, sesenta años después, que cuando llegó la abolición ya existían en aquella isla un conjunto de negros capaces económicamente de comprar tierra y con la iniciativa para construir casas y capillas, mientras que una generación más tarde la introducción del banano como cosecha económica brindó nuevas oportunidades a esta clase de cultivadores campesinos. La energía económica de este tipo humano queda atestiguada por la creciente prosperidad de los distritos bananeros de Jamaica a partir de 1870. La costumbre indooccidental del enlace sexual entre razas, inevitable en una situación de esclavitud también sexual, al mismo tiempo daba seguridad económica y ubicación social a la mujer negra o mulata que se unía con un hombre blanco. Además, sus hijos progresaban socialmente, como lo revelan media docena o más de fenómenos, a saber, las estadísticas raciales de las "escuelas libres", los guarismos de la venta de tierras, especialmente de propiedades arruinadas de los terratenientes, la construcción de iglesias y capillas No-conformistas, la creciente liberalidad de los testamentos y los ingresos a las carreras del periodismo y del derecho.

Casi todos los informes de viajeros sobre la vida de las Indias Occidentales en la Era Victoriana subrayan la existencia de una floreciente "sociedad" mulata en las ciudades regionales, cuyos miembros eran al mismo tiempo el grupo más plenamente criollizado en las colonias, en lo que se refiere al estilo de vida en general y los más anglófilos en sus enfoques políticos y sociales. De esta guisa, para tomar sólo el caso de Grenada, un residente inglés observó, con aprobación, en los últimos años de la década de 1820, cómo el sistema de donaciones (*grant*) había hecho posible que la clase de los "mulatos libres" se convirtiera en una de comerciantes prósperos, y cómo algunos de sus miembros habían llegado a ocupar puestos de prestigio como la dirección del periódico *St. Georges Chronicle* y que muchos de ellos estaban mejor educados que los de la clase de gerentes y capataces blancos.² Para los tiempos en que el historiador Froude compuso su obra calumniosa (1888), el crecimiento de estas fuerzas liberalizadoras —así como el desarrollo de actitudes más liberales tanto en el grupo local de mulatos como en el grupo de administradores imperiales— habían vuelto anacrónico su racismo autoritario, y los grupos ingleses a los que Froude exhortó eran, de hecho, como ha destacado uno de sus críticos, un conjunto de hombres muy diferentes de los viejos dueños de esclavos y hacendados, cuya desaparición tanto lamentaba Froude.³ "Incesantemente oímos hablar" —escribió el mismo crítico—

“de la ruina de la Indias Occidentales, pero esto sencillamente significa la desintegración del viejo orden de cosas. El nuevo orden social que se está desarrollando contiene elementos de estabilidad que faltaban. El establecimiento de un gran conjunto de propietarios campesinos y cierto número de cultivadores de la clase media, junto con unos cuantos grandes propietarios, no puede ser razonablemente estimado como una calamidad en país alguno... En el nuevo y mejor orden que se está estableciendo en estas dependencias las viejas naciones no tendrán lugar alguno; se establecerán los escalonamientos acostumbrados que suelen hallarse en cada comunidad avanzada”.⁵

Este sentir —la ideología de un liberalismo racional en una sociedad racional con criterio de clases— fue ciertamente casi el credo oficial de la sociedad de las Indias Occidentales durante el siglo que corre entre 1838 y 1938. Pero con todo, este “nuevo orden” era realmente nuevo más en grado que en naturaleza. Las ordenaciones conformes a criterios de clase y color del pigmento de la piel cambiaron pero no desaparecieron. La más odiosa de las injusticias de la era posabolucionista, vale decir, un sistema legal represivo, por ejemplo, se desvaneció con la “rebelión” de Morant Bay de 1865. Es cierto que para el antiguo esclavo surgieron nuevas oportunidades de dedicarse a otras ocupaciones. Phillippo describió en su libro de 1843 sobre Jamaica cómo el líder indígena (*native*) y el sistema de agentes laicos en las iglesias populares se convirtieron en escuela de entrenamiento para un liderazgo negro y para que los negros pudieran acceder a ocupaciones tales como las de sirvientes confidenciales en las casas mercantiles, gerentes subordinados de haciendas, institutrices y maestros de escuelas.⁶ Pero todo esto, en el mejor de los casos, fue sencillamente el esfuerzo del esclavo emancipado para elevarse en una sociedad que cambiaba lentamente. No se trataba de una reconstrucción fundamental de la sociedad, como no se puede decir que la Reconstrucción *postbellum* en los Estados Unidos, una generación más tarde, implicara el crecimiento de una nueva sociedad libre en el sur. El año de 1834 eliminó los rasgos más gruesos del sistema de esclavitud sin derrocar fundamentalmente las diferenciaciones subyacentes a base de clase y de color de la piel. Los tres sectores jurídicamente ordenados —blancos, mulatos y negros— continuaron tan sólidamente atrincherados como antes. Los cambios que hubo fueron modificaciones dentro del submundo de sus relaciones inmanentes, lo cual no obsta para que sean importantes en la tarea de comprender la nueva dinámica interna de la vida indooccidental.

El grupo blanco, como ya he observado, aceptó la terminación

de la esclavitud sin recurrir a la franca actividad contrarrevolucionaria, como ocurriera en La Española. Pero el proceso fue largo y a regañadientes. El prejuicio de casta decayó. Una generación después de la Emancipación tanto los negros como los mulatos (*colored*) accedían a posiciones de destaque, no sólo como comerciantes, terratenientes sino también como ministros, abogados, maestros, jueces y miembros de la Asamblea. El líder jamaicano Gordon, que era hijo de una esclava y de su dueño blanco, ascendió progresivamente a través de la posición de juez de paz hasta ser diputado de la Asamblea (*House of Assembly*). Pero el prejuicio racial permaneció. La doctora Elsa Goveia ha demostrado en su minuciosa *Historiography of the British West Indies* cuánto tiempo fue necesario que transcurriera para que el exagerado racismo de los partidarios de la esclavitud desapareciera de la literatura decimonónica. La aristocracia de los hacendados (*plantocracy*) en una isla relativamente de poca importancia como Antigua trató de dar una oportunidad equitativa a la Emancipación, pero en territorios más importantes como Jamaica y Barbados le opusieron una resistencia sistemática. Algunos de los pasajes ásperos de la notable obra de Sewell, *The Ordeal of Free Labor in the British West Indies*, publicada como una advertencia a la aristocracia de hacendados del sur en las mismas vísperas de la Guerra Civil en los Estados Unidos, están dedicados a la intransigencia borbónica de la oligarquía blanca de Barbados, en cuyo sistema de valores, como observara Sewell, la descendencia remota de algún ancestro africano convertía a un infeliz en un paria en el micromundo de aquella isla. Tales actitudes reaccionarias demoraron el progreso por una generación o más, y en Jamaica, la más importante de las Indias Occidentales inglesas, fue el año de 1865, no el de 1834, el que marcó el fin del régimen completo de los hacendados y el comienzo de la ascensión de los negros. En conjunto, los blancos siguieron apegados a su prejuicio tradicional de que el ron y el azúcar eran las únicas culturas económicas que podían ser desarrolladas en el trópico. Como resultante, no alentaron las variedades más productivas de la caña de azúcar, a través de métodos más eficientes o mediante investigaciones más intensas (lo que ciertamente no llegó a Barbados hasta la gran labor de John Redman Bovell hacia fines del siglo) ni pensaron en cultivar otras cosechas económicamente valiosa (*cash crops*). El abandono de las propiedades —la bien conocida escena de la propiedad arruinada indooccidental— fue mucho más su falta que la de la población de antiguos esclavos. Sewell demostró definitivamente, con abundancia de datos estadísticos, cómo los trabajadores libres producían mucho más que los esclavos y cómo la decadencia de las grandes haciendas de caña de azúcar,

especialmente en Barbados y en Jamaica, fue el resultado de un letargo general de los empresarios, ocurrido treinta años o más, antes de 1834.

A todo esto hay que añadir el hecho de que la negativa general de la aristocracia blanca a forjar nuevos términos de coexistencia social con sus antiguos siervos fue acompañada, en Trinidad y en la Guayana Británica, por la nueva política de importar trabajadores bajo contrato, procedentes de las Indias Orientales (práctica que duró hasta 1917), lo cual tuvo la consecuencia fatal de producir sociedades racialmente dualistas, divididas en grupos mutuamente antagónicos: de "culíes" y "niggers"³ (epítetos que en sí mismos revelan el desprecio general que hacia ellos sentían los grupos elitistas), y la historia subsiguiente de estas dos colonias se caracteriza por la quiebra de la efectiva comunidad nacional por la presencia de grupos radicalmente diversos en culturas y lenguas, con tradiciones fundamentalmente diferentes, grupos que existieron, hasta bien avanzado el siglo XX, en niveles económicos distintos. Basta leer, por ejemplo, la *History* de los indios orientales de la Guayana Británica (1838-1938) por Peter Ruhomon, para darse cuenta de cómo la "nueva esclavitud" de los trabajadores bajo contrato logró sofocar eficazmente el crecimiento de la conciencia civil o de la conciencia política en aquel grupo étnico hasta después de la Primera Guerra Mundial. El poder que existía quedó en manos del grupo blanco para ser utilizado conforme a sus propósitos mezquinos. Sewell en su libro concluyó: "El suyo no era el egoísmo amplio, rapiñoso, de una poderosa oligarquía, lo suficientemente sabia como para combinar su propio engrandecimiento con el de la nación en general, sino que ha sido desde el principio al fin un egoísmo de poquedad mental que actuaba tortuosamente para acumular ganancias a costa del bienestar público y en detrimento infinito del crédito colonial".⁴ Tampoco puede decirse que el esfuerzo de los historiadores modernos —por ejemplo, la tesis del profesor Douglas Hall en su obra *Free Jamaica, 1838-1865*— por mirar más benévolamente la historia ha tenido mucho éxito, puesto que depende tanto de revivir, en cierto modo, uno de los más famosos argumentos de la apologética de los esclavistas, en el sentido de que el esclavo de las Indias Occidentales vivía en mejores circunstancias que el obrero inglés. Pues si, como Hall arguye, la situación no era mucho mejor en la Inglaterra de mediados de la Era Victoriana, dominada por el capitalismo *laissez-faire*, esta comparación todavía no sirve para explicar por qué la clase gobernante

³ El término despectivo "niggers", aplicado a los negros, es intraducible al español. Nota del traductor.

indooccidental fue incapaz de producir sus propios Shaftesbury y Disraeli.⁷

La verdad es, desde luego, que las contradicciones sociales, primero, de la esclavitud, y, segundo, de la sociedad posabolucionista, todavía saturada del espíritu esclavista, hacían imposible que el grupo gobernante de los blancos desempeñara un liderazgo positivo. En teoría, dicho grupo pudo haber dirigido una rebelión popular indooccidental contra el mercantilismo inglés, al estilo norteamericano, pero el temor a la revuelta de los esclavos en sus propias islas y, luego de 1834, su falla al no plasmar un nuevo *modus vivendi* con los grupos mulatos emancipados o con la gran masa de esclavos liberados suprimió aquella posibilidad. Escogió, por lo tanto, compartir su poder con el centro metropolitano y, humillantemente, conforme a los términos punitivos fijados por éste. El carácter supino de este grupo, que continúa hasta el siglo xx, debe ser relacionado con esta fuente social. "Los norteamericanos, en verdad, eran demasiado para nosotros", declaró un observador inglés en 1825, añadiendo: "Los indooccidentales pueden ser aplastados por un gesto de la mano de Mr. Canning".⁸ Los grupos de poder criollos prefirieron de esta suerte la relación colonial a la tarea de enfrentarse al crecimiento de la democracia en su propio patio. De esta forma dieron nuevo aliento a la manera arbitraria de tratar la región propia de los funcionarios británicos, manera que se prolongó hasta nuestros días. Si la independencia nacional de las Indias Occidentales no evoca hoy el entusiasmo de las masas, que proviene de una lucha militante y prolongada por arrancar dicha independencia a la potencia colonial, este fenómeno, parejamente, tiene sus raíces en el vacío de liderazgo que padeció en el siglo xix la sociedad criolla. Todo esto, finalmente, debe ser enfocado en el contexto del hecho de que, por ironía, tal sociedad no dejó de sufrir la influencia de las ideas democráticas de la tradición republicana de los Estados Unidos, como lo han demostrado las obras de estudiosos como Kerr y Siebert.⁹

El liderazgo efectivo, o lo que podía equivaler en estas circunstancias, pasó cada vez más al grupo intermedio mulato. Sus miembros tenían poder económico e influencia social mucho antes de obtener un más amplio poder político. No poseía este grupo una conciencia tan fuerte de exiliados como los blancos en la hermética sociedad de las Indias Occidentales, ya que era el más criollizado de los grupos, es decir, el más cultivado en la dirección de la tradición dominante criollo-europea, y, al mismo tiempo, sus actitudes anglófilas, combinadas con su anhelo de negar su herencia africana, los convirtieron en los ene-

migos sociales y políticos de las masas negras, con la excepción de algunos individuos liberales. Fueron los portadores, más, tal vez que cualquier otro grupo, del "prejuicio blanco" de la sociedad. Cuando el deseo se frustraba, engendraba con frecuencia una patológica falta de respeto a sí mismo, tan profunda que rehusaban hasta el contacto sexual los unos con los otros. Este fenómeno convenció a Edward Long, historiador del siglo XVIII, de que, en el caso de Jamaica, los miembros masculinos y femeninos del grupo eran biológicamente incapaces de procrear juntos. Estos mulatos anhelaban el ser aceptados socialmente por los blancos. Las penosas contradicciones a que esto dio lugar fueron destacadas, para dar sólo un ejemplo de los inicios del proceso, en la amarga queja que el autor de la novela *Marly* (1828) puso en boca de un culto caballero mulato de Jamaica, quien se había graduado de la Universidad de Edinburgo sólo para volver a su tierra a una sociedad de "caballeros blancos" que lo rechazaba a él y a su tipo.¹⁰ Treinta años más tarde, en los años del sesenta, la novela satírica de Grant Allen, *In All Shades*, demostró cómo el color del pigmento de la piel seguía siendo un criterio de valor aceptado por todos los grupos en la escala que iba de blancos a negros, puesto que todos los personajes en esa novela eran los bien conocidos estereotipos del carácter racial indooccidental entrelazados en una tragicomedia de la cual no podían escapar: el joven mulato educado que regresa a la atmósfera vulgar de la familia después de haber sido mimado socialmente en Inglaterra; la joven esposa inglesa del profesional mulato tratada como una apestada moral por los blancos locales; la afectada y estúpida "Venus hotentote", de la clase media mulata, ansiosa de casarse con un oficial inglés de buenas conexiones, con tal de poder ocultar por tiempo suficiente su identidad racial; el aristócrata inglés visitante, cuya identidad de persona a quien se le pueden trazar insospechados antecesores mulatos es revelada rápidamente en una sociedad que, para distinguirla de la inglesa, tiene fino hocico de sabueso para reconocer la huella de la mezcla de razas.¹¹ Estos tipos pueden ser encontrados, en diversas formas, en la literatura indooccidental, y, con tanta frecuencia, que de manera clara reflejan, con mayor o menor precisión, la estructura de clases y la jerarquía por el color de la piel en la sociedad de las Indias Occidentales en el siglo XIX. Sólo el visitante transeúnte podía gastarse el lujo de hacer la sátira de esta situación, como lo hizo Trollope. El residente local no podía gastarse lujo tan peligroso.

En el peldaño inferior de la escala social estaban, desde luego, las masas de antiguos esclavos, a los que se había añadido los inmigrantes

chinos y de las Indias Orientales, en Jamaica, Trinidad y la Guayana Británica. Allí donde no estaban acosados por las maquinarias judicial y de gobierno, controladas por los blancos y los mulatos, y por un sistema opresivo de tenencia de tierras, se hallaban francamente abandonados. Nada se hizo para enseñarles las nuevas obligaciones de la ciudadanía. El régimen de la esclavitud había muerto. Pero fue sustituido por un régimen casi igualmente opresivo, cuyo espíritu seguía siendo esclavista. Pues aunque el capitalismo inglés liquidó la esclavitud, una vez que ésta resultó poco gananciosa, continuó alimentando el sistema monopolístico comercial de la colonia como una empresa provechosa. El poder económico de la aristocracia de hacendados declinó. Pero continuó el de la clase mercantil colonial y hasta se fue haciendo más fuerte a lo largo del siglo. El libro *Depression in the West Indies* (1884), de Salmon, criticó coherentemente el sistema desde el punto de vista de un liberalismo económico de comercio libre. Afluencia restringida de capital; aranceles aduaneros exageradamente altos en beneficio de un monopolio cerrado de las firmas comerciales locales; una pesada carga de rentas internas coloniales a base de impuestos sobre artículos de consumo local, como el maíz, la harina, el arroz, el pescado y la carne; falta de participación de los propietarios locales en llevar la carga impositiva; costes excesivos de la administración colonial. Todos estos males, era la tesis de Salmon, produjeron una economía desajustada en la que las Indias Occidentales compraban sus alimentos caro y vendían sus productos barato, con lo que sufrían tanto el hacendado como el trabajador. "Es evidente"—concluía—que se ha hecho una gran injusticia a estas islas; han sido entregadas, por así decirlo, a una corporación poderosa, y las consecuencias de este monopolio se ven en la falta de desarrollo y en ese estancamiento que es el único desenlace posible de tal estado de cosas".¹² Estas críticas fueron hechas en 1884. Pero tales circunstancias continuaron virtualmente sin cambio alguno hasta el período anterior a la Segunda Guerra Mundial. Tampoco se puede decir que el advenimiento de los gobiernos laboristas, después de ese período, ha hecho mucho para debilitar el agarre estrangulador de la "poderosa corporación" descrita por Salmon. Más que ningún otro grupo, el campesino y el obrero de las Indias Occidentales pagó un alto precio, en términos de circunstancias de vida generalmente inferiores, por esta situación.

Es concebible que estos diferentes grupos pudieron haberse combinado en un frente unido contra la Gran Bretaña. Pero, francamente, había muy poco que pudiera unirles. Desde luego, hubo ciertas alineaciones raras del interés común, como, por ejemplo, el código sexual

del siglo XVIII, reflejado en la práctica de la cohabitación consensual y la unión extrarresidencial de los sexos, compartido tanto por los blancos de la clase alta como por los negros de la clase baja, frente a las normas de respetabilidad victoriana de las sociedades misioneras y las iglesias no-conformistas, para no mencionar a la Inglaterra victoriana misma. Pero la desconfianza recíproca descartaba la posibilidad de la unión activa entre esos grupos. La creencia, a menudo expresada en la literatura de entonces, de que bajo el influjo de las tendencias "civilizadoras" de Europa se convertirían en una entidad homogénea colectiva, con valores sociales uniformes, resultó sin fundamento alguno, pues aun un grupo tan anglófilo como los blancos dominantes conservaron sus costumbres inglesas pero con importantes modificaciones específicamente indooccidentales.

El resultado general fue que la sociedad permaneció, después de 1834 y hasta bien avanzado el siglo actual, fundamentalmente desorganizada, con muy pocos valores enraizados en una experiencia común. La diferenciación social, basada en parte en la propiedad y en parte en el color del pigmento de la piel, siguió bastante estática por casi un siglo, y luego el *tiempo* de mutaciones lentas se aceleró un poco en la década de 1920 y se volvió marcadamente más veloz en la del '30. Cada grupo "sabía el lugar que le correspondía". La aceptación libre fue aumentando en los círculos comerciales y en los políticos—un candidato negro, Alexander Dixon, fue elegido al Consejo Legislativo de Jamaica a comienzos del siglo—y también se fue ampliando el círculo del reconocimiento social, especialmente en el nivel oficial bajo los gobernadores coloniales más liberales, como Sir Henry Norman y Sir Sydney Olivier. Los exámenes, con carácter de competencia, para el servicio civil jamaicano, establecido en 1885, despejaron la vía para que los negros pudieran acceder a una nueva ocupación, tipo "cuello blanco". Y, sin embargo, al mismo tiempo el ostracismo social por el color de la piel estaba bien difundido. Una persona de tez oscura con cierto *savoir faire* "social" pudiera ser admitida a las casas de los blancos o de los que eran considerados blancos, pero si aspiraba al matrimonio surgían las dificultades. Un médico o abogado mulato podría compensar sus desventajas a fuerza de méritos (especialmente en los pueblos rurales), pero no sería aceptado prestamente en los clubes más exclusivos. El club y el "snob" de club se convirtieron ciertamente en expresiones del aislamiento racial. Y eran escasos los lugares de recreo público, lo que hacía más eficaz la separación de las razas. Por ejemplo, a comienzos del siglo en Jamaica sólo había ciertos bailes restringidos en la sociedad de Kingston—por ejemplo, el Cale-

donia Ball, patrocinado por los residentes escoceses y La Fiesta de Cumpleaños de la Reina, en el Palacio de Gobierno—, mientras que los primeros bailes por suscripción pública surgieron después que se estableció el Myrtle Bank Hotel.¹³ Más o menos para el mismo tiempo, la vida social en Barbados, como es descrita en un directorio del Diamond Jubilee, giraba alrededor de cinco clubes de "gentlemen", es decir, de blancos, más las logias masónicas, las sociedades benéficas, la Sociedad Bíblica Auxiliar de Barbados y el Círculo de Lectura de Bridgeton (de la National Home Reading Union), cuyo fin era "fomentar la lectura de obras de buenos autores".¹⁴ En cuanto a Trinidad, sus divisiones sociales reflejan igualmente el separatismo étnico y su carácter políglota. Tanto es así que sus obras de ficción se hacen eco del hecho. La vida del negro en Trinidad halla su portavoz en una novela como *Minty Alley* de C. L. R. James. La vida de los criollos portugueses en una novela como *Pitch Lake* de Alfred Mendes. Finalmente, la unidad en este tipo de sociedades fue imposibilitada por el hecho de que por ser comunidades intelectualmente deprimidas no había juego alguno de ideas en común ni había una clase educada y socialmente consciente capaz de asumir el liderazgo de la afirmación nacionalista. Así, por ejemplo, el inglés Henry Kirke, residente en la Guayana Británica, al hablar de ésta en los últimos veinticinco años del siglo XIX, observó que la única diferencia material entre la sociedad en la colonia y en la Gran Bretaña era la ausencia de clases literarias y ociosas; aunque había eruditos clásicos y matemáticos, botánicos y zoólogos en la Guayana, constituían una minoría muy pequeña con ninguna influencia sobre la masa en general.¹⁵

Hacia 1900, entonces, las Indias Occidentales, en conjunto, eran una mezcla abigarrada de discordias raciales, comercialismo craso e imitaciones culturales. A partir de 1920 se registra una cierta debilitación en los prejuicios raciales, a causa, principalmente, de dos factores: el primero, el auge que se dio a los nuevos deportes, especialmente al tenis y al golf; el segundo, fue que viejos amigos escolares, de distintos matices raciales, se hicieron hombres, y además de los logros personales extraordinarios de varios mulatos. De auxilio fue también la ampliación de los patrones educativos. Vale la pena señalar que en Barbados donde, en contraste con Jamaica, la agricultura y el comercio siguieron siendo durante este período los baluartes de la aristocracia blanca, la educación ofrecía la única válvula de escape a la frustración de negros y mulatos, como lo prueban ampliamente las carreras de Sir Grantley Adams, Hugh Springer y el doctor H. G. Cummins. Pero esto era tan sólo paños tibios, y los miembros de la

Comisión Moyne se sintieron obligados a informar en 1938-1939 —me refiero a aquella sección de su gran informe que trata del prejuicio racial— que a pesar de que cada uno de los testigos habían deplorado la existencia de ese prejuicio, todas las fuentes responsables de la región compartían el sentir general de que el prejuicio gravemente aumentaba, especialmente allí donde las diferencias económicas entre los patronos blancos y los empleados negros se convertían inevitablemente en diferencias raciales. Resultado de ello fue la continuación de sentimientos racistas que se manifestaban —entre los colocados en los peldaños inferiores de la escala social—, por medio de una extremada sensibilidad al ridículo y entre los más prósperos a través de una delicada susceptibilidad a todo lo que tuviera que ver con su *dignidad* étnica. Tampoco existían poderosas instituciones tradicionales que respaldaran la identidad individual. Pues las instituciones establecidas eran imperiales y, por lo tanto, inalcanzables, mientras que aquellas que fueron creadas por medio de la cristalización de fuerzas locales eran constantemente vulnerables a los celos y a la desconfianza del espíritu colonial. Al igual que las revueltas de esclavos engendraron al delator que había desertado, los sindicatos, la sociedad benéfica y el partido político engendraron más tarde al aventurero desorganizador. Como lo ha observado un líder obrero indooccidental, las instituciones sociales se desintegran porque la gente sienten que no pueden confiar las unas en las otras ni en sí mismas. Este líder, que habla partiendo de la experiencia de toda una vida, añade: “Basta que una persona levante un dedo y diga, ‘Ve Ud. que Fulato de Tal tiene un nuevo automóvil; ya Ud. sabe adónde va a parar su dinero’, y tales insidiosas calumnias propenden a desintegrar la institución”.¹⁶ Este tipo de sospecha surge naturalmente con facilidad, además, en una sociedad de masas miseriosas donde la mera posesión de un automóvil despierta sospechas populares contra su dueño como miembro del “salarinado motorizado”. Por años enteros cualquiera colisión entre un peatón y un automóvil en cualquier ciudad indooccidental casi precipitaba un pequeño motín callejero, con matices raciales, si el chófer —como ocurría en la mayoría de los casos al principio— era blanco o casi blanco.

Tampoco podría decirse que el materialismo y la hipocresía moral de la sociedad colonial —finamente satirizada en su versión jamaicana por Herbert de Lisser en su novela *The Cup and the Lip*— fueron seriamente mitigados por la emergencia, en el siglo xx, de una *élite* educada de mulatos, que lentamente crecía. Es cierto que esta *élite* produjo individuos en cada uno de los territorios que se destacaron como personas de mérito excepcional: por ejemplo, en Jamaica, el

reverendo A. A. Barclay, fundador de la Sociedad Agrícola de Jamaica, y Dunbar Wint, campeón entusiasta de los maestros paupérrimos; en Barbados, políticos como H. W. Reece, la única persona que se reconoció como de sangre negra en la asamblea de aquella colonia —hace cincuenta años—; y en Trinidad, la galaxia de hombres brillantes que con el nombre de "Island Scholars" se hicieron célebres, como Sir Henry Pierre en la medicina tropical, o como Sir Courtenay Hannays y Sir Hugh Wooding, en el campo de la jurisprudencia. También hubo mujeres de capacidad extraordinaria, como Audrey Jeffers, en Trinidad, quien por medio de la "Coterie of Social Workers" ("Círculo de Trabajadores Sociales"), enseñó a toda una generación de trinitarios un nuevo concepto de responsabilidad social. Pero ya sea debido al ambiente social general ya sea debido a la tradición, lo cierto es que la influencia de tales individuos en general solía reducirse al angosto ámbito de sus propios círculos. Para el público grueso eran figuras casi legendarias, de las cuales muy poco se informaba y a las que se negaba reconocimiento amplio rehusándoles oportunidades de servir a sus pueblos en cargos de importancia. Sin embargo, es verdad que en los cincuenta años que siguieron a la fecha de 1900 emergieron más posibilidades de ocupación en nuevas esferas para el negro, de modo que las tradicionales oportunidades del aula escolar y del púlpito fueron reemplazadas por las más amplias del servicio civil y otras profesiones. Pero la mala opinión en que hasta el día de hoy el pueblo de las Indias Occidentales tiene del sirviente civil y el hecho de que, también hasta el día de hoy, la mayoría de los profesionales indooccidentales se contentan con ocupar una posición honorable y vivir confortablemente, sin reducir sus deleites o sin esforzarse demasiado, sugieren que las nuevas oportunidades fueron utilizadas principalmente con fines personales egoístas. Las iglesias indooccidentales también suministraron mejores oportunidades a los mulatos, aunque la gran popularidad personal de un ministro expatriado, como Cowell Lloyd en la Iglesia Bautista de East Queen Street, en Kingston, puede demorar el proceso por una generación o más en ciertas sectas. Sin embargo, resulta muy revelador sobre la manera cómo el mulato visualizaba sus oportunidades, el hecho de que cuando John Joseph Purcell llegó a ocupar una alta posición en la jerarquía católica de la Guayana Británica utilizó su poder, no para iniciar un movimiento social cristiano, sino para librar violenta disputa teológica con sus adversarios protestantes locales, casi como si estuviera invitando a la congregación blanca de la colonia a admirar el celo, estilo Newman, de un sacerdote mulato.

En general, entonces, los grupos de la clase media de las Indias

Occidentales, tienen muy poco qué hacer salvo soportar el *ennui* de la existencia colonial. Escuchad el *cri de coeur* de un miembro de esa clase, resumiéndolo todo: "Mirad mi existencia durante más de veinte años. Trabajo desde las 7.30 a.m. a 4 p.m., monótono y falto de inspiración. Luego a casa, y, si puedo, el deporte. En otras direcciones, literalmente nada, salvo la banalidad del cinema o las mezquinas quejas sociales".¹⁷ Para los grupos de la clase media baja, la posición de dependiente de comercio vino a ser considerada como la única forma de existencia valiosa y la historia del *Kipps* de las Indias Occidentales está todavía por escribir, aunque la novela *A Morning at the Office*—una de las primeras que despejó caminos—por Mittelhotzer, describió algo de las tensiones interpersonales que surgen en la vida de oficina, recurriendo a tipos clásicos de Trinidad como el mensajero ("office boy") negro, el sensual secretario chino, el servil amanuense indio y los arrogantes "jefes" ingleses. La mayoría de las gentes se retiró a su mundo privado o a sus propios juegos sociales, que se desarrollaban a menudo de acuerdo con reglas complicadas. Por ejemplo, el mundo criollo de Trinidad, caracterizado por la contradicción irónica entre la capacidad nacional para reír, jugar "picong" y producir calipsos insultantes, y, por otro lado, grupos de gente que se refugiaban en la pompa y la locuacidad como salvaguardia contra el ridículo. Un sentido lacónico del humor, autodesdeñoso, claramente no florecía fácilmente en el clima social del colonialismo. Lo mismo ocurría, esencialmente, en cada colonia. La descripción que hace Van Sertima de la respetable vida social en la Guayana Británica, a fines del siglo pasado, retrata exactamente el vacío de una rutina social de expediciones en carruajes al Sea Wall ("Muro Marítimo") y a los jardines botánicos, aliviada tan sólo por la falsa excitación de los juegos de azar en las casas de los *chefs* chinos.¹⁸ De ahí que no hubiera un liderazgo procedente de los estratos superiores o medianos de la sociedad. En cuanto a un liderazgo que viniera de abajo, tal perspectiva se frustró en parte por el hecho de que las masas indooccidentales, de todas las filiaciones étnicas, mostraron en todos los casos un sentido difuso de mentalidad de inmigrantes, como lo demuestra la idea de una representación comunal de los indios orientales en Trinidad y la Guayana Británica. Los grupos esperaban que les llegara ayuda de afuera, como los indios orientales que miraban retrospectivamente hacia la "Madre India", o se refugiaban en sí mismos, dando la espalda a movimientos de unificación nacional. El ejemplo más famoso de tal psicología exclusivista lo da, desde luego, la historia de los "Maroons" de Jamaica. En pocas palabras, tan verdad era en 1938 como un siglo antes, lo que Lord Harris

dijo con su frase de que se había libertado a una raza pero no se había formado una sociedad.

La evidencia más completa para todo esto es, naturalmente, la que ofrece el monumental *Report* de la Real Comisión de las Indias Occidentales, de 1937-1938, resumiendo en forma magistral, como lo hizo, la historia de la vida de esa sociedad, como se había desarrollado a partir de la emancipación. El logro supremo del *Report* es anotar, con detalles reveladores, la servidumbre social y económica de los proletariados de las Indias Occidentales, abriendo el camino para un cambio saludable en una situación en que la mayoría de los informes sobre la región, por ser los diarios de viajeros, habían concentrado casi exclusivamente en la descripción de la vida agradable, pero fútil, de los blancos y de los indooccidentales anglófilos. Junto a otros documentos, como los informes del Comité sobre Nutrición en el Imperio Colonial y el informe del comandante Orde-Browne sobre *Labour Conditions in the West Indies*, el informe Moyne (de la Real Comisión), compuesta de comisionados concienzudos que insistieron en ver por sí mismos las cosas, brindó un cuadro sorprendentemente abarcador de la vida y la experiencia en los indooccidentales, pues, como observaron los propios comisionados, pocas de las Reales Comisiones habían tenido que recorrer un campo tan amplio: la Real Comisión de las Indias Occidentales de 1896-97 se preocupó principalmente de la crisis en la industria regional del azúcar; algo semejante ocurrió con la investigación de Olivier-Semple en 1929-30. En términos generales, el *Report* de Moyne visualizó la sociedad indooccidental como embrionaria. "Una característica de las Indias Occidentales" —destacaba— "es la ausencia lamentable de aquellos factores y tradiciones que en otras partes fomentan la cohesión social y un sentimiento de pertenecer a una comunidad...". "La totalidad de las Indias Occidentales" —añadía— "prácticamente carecen de las investigaciones variadas, oficiales y no-oficiales, que caracterizan la vida pública inglesa y hacen que una gran proporción de la población llegue a hacer contacto vivo con los problemas de importancia social".¹⁹

Más específicamente, el *Report* meticulosamente catalogaba los renglones del malestar social: una industria azucarera en decadencia que mantenía a una fuerza obrera en las plantaciones por medio de un sistema explotador de trabajo por tareas y con jornales tan bajos que, en muchos casos, como en St. Kitts y en St. Vincent, por ejemplo, el nivel de salarios apenas si había superado la tasa diaria de chelines puesta en vigor después de la abolición; crasa malnutrición y enfermedades endémicas en el pueblo, todo empeorado por una educación médica de orientación exclusiva ultramarina, con énfasis sobre la medicina

curativa antes que la preventiva, con el resultado de que en muchas de las colonias se hacía evidente un amargo resentimiento contra los médicos; una situación de viviendas caracterizada por las "casas" antihigiénicas, llenas de alimañas y decrépitas, con los peores ejemplos dados por los barracones o sistema de *ranges* de los campesinos indoorientales que trabajaban en las plantaciones de la Guayana; una "clase trabajadora", cuando tenía trabajo, en estado de servidumbre económica, sometida a una clase de patronos bien organizada, mientras que los mecanismos de defensa que fomentan un movimiento sindical fuerte no podían crecer debido a la legislación punitiva existente, dándose el caso de que únicamente la Guayana Británica hubiera aprobado leyes para proteger a los gremios obreros contra acciones judiciales por daños y perjuicios, como consecuencias de huelgas; un nivel tan bajo para la mujer que la Comisión sólo se enteró del caso de una mujer que perteneciera a un concejo municipal; a los niños, los más explotados de todos los indooccidentales, se les rehusaba la oportunidad de un desarrollo sano, de la mente o del cuerpo, mientras vivían en pequeñas chozas, sin iluminación, con ventanas y puertas de madera bien cerradas de noche para que no entraran los malos espíritus o los vecinos rateros; un sistema educativo que se caracterizaba por el absentismo, los cursos anacrónicos, maestros mal pagados, principalmente discípulos-maestros y edificios escolares horriblemente inadecuados. El *Report* confirmaba los hallazgos de la Comisión Educativa de las Indias Occidentales, de 1931-32, que citó a un experimentado observador educativo en el sentido que la educación primaria en las Indias Occidentales era la menos progresista que él había encontrado en el Imperio Británico, y muchas cosas más. El *Report* se refirió también a las expectativas vitales del niño indooccidental, cuando éste tenía suerte: "Si ha sido lo suficientemente afortunado como para continuar su educación hasta la edad de abandonar la escuela, que suele ser los 14 años en las ciudades y los 12 en los distritos rurales, penetrará en un mundo donde se considera al desempleo o al subempleo como el destino común. Si consigue trabajo como obrero manual, sus jornales sólo le dan para apenas subsistir y están lejos de bastar para capacitarlo, para obtener el *standard* de vida que le presentan sus nuevos contactos con el mundo exterior. Si su educación y su inteligencia le hacen posible ocupar puesto de oficina, para los cuales la competencia es intensa, tendrá la perspectiva, en el mejor de los casos, de un salario que, aun cuando sea empleado del gobierno, le ofrecerá serias dificultades para mantenerse en la posición social y cumplir con las apariencias que de él esperan sus amigos y

hasta él mismo. Contará con horas de ocio pero pocos recursos de recreo en qué llenarlas".²⁰

Hay dos aspectos sobre los cuales vale la pena llamar la atención. El primero, que tal situación se hacía peor en virtud del carácter del servicio colonial inglés. Su prejuicio era político antes que social o cultural, de modo que, en términos de su personal en las colonias, era fuerte en la fase administrativa pero débil en la científica y en la tecnológica. No deja de ser significativo el hecho que en todo el imperio colonial no existiera organización alguna que se ocupara de los problemas científicos como un todo. El *status* del oficial técnico solía ser inferior al del funcionario administrativo, quien acostumbraba despreciar al otro, o, en el mejor de los casos, lo toleraba. El funcionario solía estar condenado a estancarse en algún departamento pequeño y aislado. La audaz iniciativa que en tiempos anteriores tuvo Sir Joseph Chamberlain, cuando Secretario de Colonias, de establecer la Escuela de Medicina Tropical en Londres, no tuvo secuela alguna. Los gastos en campos como la entomología, la micología, el estudio de los suelos y la genética de plantas eran lamentablemente pequeños comparados con los que entonces hacían países como Egipto y los Estados Unidos.²¹ La gente que más sufría las consecuencias de este conservadurismo administrativo eran, naturalmente, las razas sometidas del Imperio. Es comprensible que se volvieran hacia el curandero ("o-beah-man"), hacia el médium de la "water-people" o el "bush-doctor" en busca de la ayuda que la administración no les daba.

En segundo lugar, estaba el carácter especial de la educación de las Indias Occidentales en sus aspectos sociales. Ya hemos señalado cómo las masas estaban excluidas de todo, salvo una rudimentaria educación, siguiendo el prejuicio de clases del modelo metropolitano. Baste añadir que el sistema educativo actual de las Indias Occidentales todavía hereda el legado, de modo que, para dar sólo un ejemplo, en 1960 más del 50 por ciento de la población obrera total de Trinidad y Tobago comprendía personas cuya educación formal no sobrepasaba el "Standard VII" del nivel de escuela primaria.²² Pero aún más peligroso era el hecho general de que, por fundarse en los prejuicios prevalecientes de raza y de clase, la escuela indooccidental tendía a perpetuar la desconfianza y los celos del ambiente colonial. El sistema de becas (*scholar-ship*), en especial, por su carácter competitivo, era profundamente antisocial y las cicatrices que dejó el viejo sistema de "Island Scholarship" pueden ser aun contempladas en la vida de las Indias Occidentales. Era un sistema demoledor, implacable, que cada año, o algunas veces cada dos años, dejaba escapar a un candidato

favorecido, de la prisión colonial. Sería difícil determinar quién era el más perjudicado, o los ganadores que algunas veces se desmayaban a causa de la tensión y el cansancio de los nuevos estudios o los perdedores que renunciaban a toda esperanza, marcados como "fracasos", y que se anclaban desesperadamente en la rutina familiar de un matrimonio temprano, una familia numerosa, las deudas —y un fuerte alcoholismo en el circuito del coctel indooccidental. No deja de ser irónico el hecho de que tal sistema fuera orgullosamente aceptado, con todos sus prejuicios antidemocráticos por la propia sociedad criolla, de modo que surgió la amable tradición local de que ganar el "Schol" era lo mejor que un muchacho colonial podía hacer, aun cuando el ganador pudiera ser, como en ocasiones pasó, un Sir Robert Scott en la Trinidad de los años veinte del siglo corriente, escocés expatriado, quien apenas si permaneció en la isla lo suficiente para obtener la beca, o, como Sir Frank Newsam, en la Barbados anterior al período de 1914, hijo de un empleado colonial del servicio civil, quien habiendo conseguido la beca se marchó para jamás volver.

Todo esto nos da el trasfondo para los "disturbios" de 1937-1938. Desde luego, hubo razones locales y especiales para el movimiento: la reducción de salarios en las plantaciones de caña de azúcar de Jamaica, por ejemplo, y los métodos punitivos de regimentar a los trabajadores como el sistema de "libro rojo" en los campos petrolíferos de Trinidad. Pero las causas subyacentes se hallaban en la naturaleza misma de la economía colonial; como lo observaron los propios miembros de la Comisión Moyne (que apenas se podrían calificar de ardientes revolucionarios), los disturbios representaban ya no una protesta ciega contra circunstancias que empeoraban sino una exigencia positiva para la creación de nuevas circunstancias que harían posible una vida mejor, y, además, como lo observara la Comisión de 1937 que rindió informe más específicamente sobre la explosión en Trinidad, la exigencia fue posible, en parte, por el surgimiento reciente de puntos de vista de la clase obrera trinitaria, cada vez más afectada por las experiencias de los soldados indooccidentales en la Gran Guerra, la inquietud industrial en los Estados Unidos y la difusión de la educación elemental en la colonia.²³ La exigencia envolvió la rebelión del campesino y del obrero de las Indias Occidentales contra una sociedad que, no obstante la emancipación formal, los consideraba todavía como abastecedores de mano de obra barata para barones del azúcar y del petróleo en busca de rápida fortuna. La esclavitud había sido abolida, pero los fundamentos económicos, especialmente en lo que atañe a la tenencia de tierras, se habían mantenido más o menos los

mismos. Es cierto que habían emergido nuevas clases sociales para estrechar la distancia entre “los que tienen” y los que “no tienen”, sin embargo, el patrón de esclavitud —las grandes masas que trabajaban míseramente sobre la propiedad de la minoría— continuó marcando la vida de las Indias Occidentales. En la fase industrial, el poder de la clase local de hombres de negocios fue fortalecido por la ausencia virtual de sindicatos efectivos y lo inadecuado de la legislación industrial. En verdad, hasta 1938, la economía apenas conoció el significado de la frase “legislación industrial” y en los estatutos coloniales apenas si aparecía referencia alguna a convenios de salarios, compensaciones para los obreros, seguro de salud, restricciones al trabajo para los niños, inspección de fábricas, pensiones para ancianos y convenios colectivos. Los miembros de la Comisión Moyne sólo se atrevieron tímidamente a sugerir que poderosos intereses creados habían obstaculizado este tipo de medidas, pero por lo menos subrayaron el hecho de que no habían encontrado prueba alguna de que los gobiernos indooccidentales hubieran tratado de fomentar la organización de sindicatos dentro o fuera del Servicio Civil.²⁴

En el aspecto agrícola, sin embargo, no existió duda alguna sobre la opresión de los patronos y aun los “Libros Azules” especiales de ese período así lo declararon paladinamente. El hacendado (*planter*) de las Indias Occidentales había considerado por unos tres siglos que la falta de mano de obra era su problema más agudo y había combatido totalmente la ampliación de la clase de campesinos libres como una amenaza a su control sobre la oferta de mano de obra. Hacia 1938 quedaba todavía por librar la batalla final entre el hacendado y el campesino. De ahí la importancia de la historia de la clase de propietarios campesinos, tanto como idea y como hecho socioeconómico. De 1900 en adelante los gobiernos locales comenzaron a fomentar la creación de tal clase, idea en que había insistido la Real Comisión de 1897, impresionada por las consecuencias locales de conservar el sistema de plantaciones. Pero quizás el motivo principal fue el temor a una revuelta de trabajadores. Para 1938 muy poco se había hecho. Pues tal política hacía necesario que los gobiernos de las Indias Occidentales tomaran las medidas, a saber: 1) poner en disponibilidad de cultivo las Tierras de la Corona, vendiéndolas a plazos cómodos, y 2) comenzar la colonización sistemática de la tierra, lo cual exigía, en parte, la fragmentación de las grandes plantaciones. Pero el hecho era que los gobiernos controlados por los hacendados no se sentían inclinados a hacer esto y no lo hicieron. Por ejemplo, en Barbados, el *Report* de Olivier-Semple sobre la industria azucarera observaba, en

1930, que desde la fecha del último informe de la Real Comisión (1897), no se había realizado intento alguno, ya fuera por parte del gobierno, ya fuera por parte de la Sociedad Agrícola local, para organizar asociaciones populares cuyo fin sería el estímulo y el mejoramiento de la agricultura de jardines de los campesinos y de los obreros,²⁵ el resultado de lo cual fue, según añadía el *Report*, que la población obrera de Barbados vivía en las márgenes de los cañaverales y sobre los taludes de las carreteras, circunstancia —de paso— que continúa todavía.

La literatura de las Indias Occidentales está, desde luego, repleta de la ideología de este sueño en particular, el sueño, tan bien expresado en un pasaje frecuentemente citado del informe económico de Sir Sidney Armitage-Smith, de 1931, de "una población campesina, numerosa, próspera, feliz y sana, protegida contra la plaga, la pestilencia y el hambre, viviendo en casas decentes, enclavadas en fincas que, como resultado de su propio esfuerzo, sabiamente dirigido por el gobierno, se convierten en su propia propiedad durante su vida; *adscripti glebae* no por una severa ley compulsoria sino por operación de su libre voluntad, amando la tierra que les ofrece generoso alimento y enriqueciendo la sociedad con el fruto de su trabajo".²⁶ Pero aparte del hecho de que los gobiernos coloniales de las Indias Occidentales jamás fueron regímenes verdaderamente paternalistas gobernando sociedades utópicas, existía la consideración realista de que el idilio de una sociedad pastoril, con su pasado sereno, con sus campesinos corteses y contentos involucraba un tipo de feudalismo jamás experimentado en las Indias Occidentales. Las perspectivas de que lo experimentara de 1918 todavía eran menos. Los rasgos principales de la agricultura indooccidental —cultivo inestable, escasos conocimientos técnicos, deuda constante, renuencia a experimentar con nuevos métodos junto con un superentusiasta sentimiento de aventura en año de buena cosecha— atestiguaban la verdad de que la actitud del campesino común y corriente hacia la tierra era de que ésta servía tan sólo para arrancarle un escaso yantar hasta que se presentara algo mejor. La propiedad de la tierra, a su vez, inmensamente fragmentada, constituía antes que nada una especie de símbolo de *status* en la lucha social de la aldea. Una comedia como *Belle Fanto*, de E. M. Roach, que se desarrolla en Tobago, ilustra con justeza la pasión y la falta de dignidad en las luchas mezquinas de las familias campesinas por la propiedad. Es evidente que allí no había oportunidad para los sueños de reforma agrícola basados en la actitud inglesa hacia la jardinería.²⁷

El vigor del *Report* de la Comisión Moyne residía desde luego en

la extraordinaria candidez de su estudio sobre la sociedad indooccidental. Vale la pena anotar que el liberalismo social de sus miembros fuese más capaz de apreciar el descontento de las Indias Occidentales que, por contraste, el socialismo fabiano de Lord Oliver en su obra *Jamaica: The Blessed Island* (1936), pues el supuesto básico de ese volumen era que la sociedad jamaquina era, en conjunto, una sociedad bien integrada, en la cual podía registrarse con éxito suaves cambios en punto de vista desacreditado por los acontecimientos de 1937-1938. La debilidad del *Report*, por otro lado, era la timidez general de sus recomendaciones. Puesto que el supuesto económico subyacente del régimen colonial inglés era que las colonias eran más aptas para los productos agrícolas, resultaba tal vez inevitable que la única referencia que hiciera la Comisión a las posibilidades de desarrollo industrial de las Indias Occidentales exhibiera un tono desdeñoso. Sin embargo, tal prejuicio fue señalado por los comentaristas progresistas de entonces en las Indias Occidentales.²⁸ Las recomendaciones sobre bienestar social, que dieron lugar, en 1940, al nacimiento de la Organización Colonial de Desarrollo y Bienestar, con sede en la misma área, eran más positivas y de mayor alcance. Con todo, hay que destacar dos aspectos criticables. Primero, se parecían tanto a los programas defendidos durante los veinte años previos por los partidos y los políticos laboristas que no produjeron sorpresa alguna, y el único cambio discernible estaba en que, por venir ahora a la autorizada Real Comisión, tenían la oportunidad de ser acogidos por los administradores de las Indias Occidentales sin la hostilidad y el abuso con que el Ministerio de Colonias y los gobiernos locales habían recibido proyectos similares propuestos por líderes políticos y trabajadores sociales. Segundo, algo más fundamental: el prejuicio en favor del bienestar social ayudó a impedir el enfrentamiento audaz con los problemas básicos de desarrollo económico, pues el problema de las Indias Occidentales, entonces como ahora, no era tanto el de obtener más ayuda económica de Londres, como el de construir una estructura económica autónoma para las Indias Occidentales, de modo que al terminar las donaciones metropolitanas pudieran continuar sufragando los nuevos servicios públicos de un Estado-Providencia con sus propios recursos. Es cierto, además, que el *Report* a veces parecía recomendar la reconstrucción de la sociedad indooccidental, pero en lo que concierne a sugerencias concretas tal exigencia a menudo se debilitaba con propuestas específicas limitadas, fortalecidas con pasajes edificantes dirigidos a los pueblos de las Indias Occidentales para que se rehabilitaran moralmente. Los sucesivos "reports" bienales de la nueva Organización Colonial de Desarrollo

y Bienestar (O.C.D.B.), después de 1940, propendían a insistir en la misma nota.

No deja de ser sintomático que la obra del profesor Simey, *Welfare and Planning in the West Indies* (1946), obra que tuvo influencia, a pesar de su profunda simpatía hacia el movimiento de bienestar social en la región, ofreció severas críticas a la fobia pro bienestar del informe de la Comisión y al trabajo subsiguiente del experimento de la O.C.D.B. La Comisión deseaba reparar el tejido social de la vida colonial, pero no se daba cuenta de que el tejido social mismo necesitaba ser reemplazado. Presumía que la necesidad básica de las Indias Occidentales era el crecimiento de una clase media socialmente consciente, clase cuya ausencia se había hecho notar hasta la fecha, pero la Comisión no supo apreciar que era el sistema de clases mismo, no meramente las relaciones entre clases, lo que exigía atención; y esto tal vez explica por qué prestó tan poca atención a la necesidad de igualdad económica en la vida de las Indias Occidentales y tanta a cosas como una campaña organizada contra la "inmoralidad" en las relaciones sexuales. Como era inevitable, la labor de la O.C.D.B. también reveló las mismas limitaciones. Todos sus proyectos favorecían los distritos rurales. Se trataba de mejorías introducidas aquí o allá en los servicios sociales y en la agricultura antes que un intento de reorientar la vida económica, así como una multitud de proyectos menores: exhibiciones agronómicas en Barbados, libros para la escuela elemental (*grammar*) de Antigua, entrenamiento para las enfermeras de Grenada, pruebas con variedades de algodón en St. Vicente, un nuevo rompeolas para Barbuda.

Los líderes de la O.C.D.B. creían en teoría en el principio de "autoayuda" para las Indias Occidentales, pero era sintomático de los supuestos colonialistas de la organización que el Contralor y el numeroso personal bajo sus órdenes eran casi todos ingleses importados, a pesar del hecho de que había muchos indooccidentales capaces de ocupar tales posiciones y realizar una buena labor. La historia de la O.C.D.B. fue, por lo tanto, la historia de sus administradores ingleses y sus expertos: Briarcliffe, Hammond, Wakefield, Ibberson, Benham y Beasley. El comentario más apropiado a esta realidad lo hizo Marrayshow en 1945 cuando dijo que tendría confianza en la O.C.D.B. el día que viera a un indooccidental en sus organismos ejecutivos. En general, la O.C.D.B. propendía a favorecer una sicología de consumo antes que una de producción, de modo que sus proyectos tenían que ver muy poco, si algo, con la tarea principal de aumentar el capital neto. Sus proyectos exigían recursos que debían ser suministrados por el contribuyente

indooccidental: programas de obras públicas, construcción de depósitos de agua, construcción de escuelas y centros médicos, proyectos para la educación de adultos, reconstrucción de Castries después del gran incendio de 1948, colonización de la tierra por colonizadores pobres —proyecto que en lo principal fracasó—, etc. Simey hizo las siguientes observaciones acres: “En la Gran Bretaña ha reinado la creencia fácilmente asequible de que si un patrón de vida social se ha logrado en el pasado, el cual, con unas cuantas reformas administrativas, es apto para las necesidades de cualquier pueblo, si surgen dificultades en cualquier parte, todo lo que se necesita es que el estilo de vida británico sea comprendido más plenamente y seguido más de cerca”.²⁹ El *Report* de Moyne había hablado audazmente de la necesidad de esfuerzos constructivos para suministrar una alternativa satisfactoria frente las culturas originales ya perdidas por los pueblos de las Indias Occidentales. Pero, en la práctica, ese gran concepto degeneró en el juego de la reorganización administrativa, juego muy caro a la mentalidad del servicio civil colonial. “Es imposible bregar con los problemas sociales de las Indias Occidentales” —concluía Simey— “sin primero inventar nuevas herramientas que faciliten la tarea, o, en otras palabras, sin primero fomentar adelantos en la ciencia aplicada de la ingeniería social”.³⁰ Sin embargo, tal receta era novedosa aún en la Gran Bretaña de 1946. De ahí que fuera también más imposiblemente novedosa en sus colonias.

He ahí, en conjunto, el cuadro de la situación de las Indias Occidentales en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y de todos los cambios cataclísmicos desencadenados por aquel acontecimiento. Las Indias Occidentales eran un remanso decadente, abandonado por los británicos e ignorado por los norteamericanos, pues la opinión liberal norteamericana había estado siempre tan concentrada en la India que había prestado poca atención al *detritus* colonial inglés en sus propios umbrales del Caribe. La opinión progresista británica de vez en cuando salía de su letargo, de su tradicional falta de interés en los asuntos coloniales, en lo que respecta a las Indias Occidentales, por la publicación de algún libro notable, como, por ejemplo, *Warning from the West Indies*, de W. M. MacMillan (1935), exposición coherente de la desorganización social y el atraso económico de las Indias Occidentales, antídoto eficaz de fe en el sencillo y sano salvaje, popular en Bloombury, fe que envenenaba el pensamiento hasta de la izquierda británica, y que fue en gran medida responsable del culto a la propiedad campesina entre los funcionarios ingleses de mentalidad liberal en el área de Caribe, desde Sir Henry Norman hasta Lord Olivier. Pero aun la obra notable de MacMillan estaba limitada por el hecho de

que trataba casi tanto de Africa como de las Indias Occidentales y por su postulado de que el progreso de la región debía proceder, en todo caso, de una política oficial vigorizada antes que de una inserrucción de las masas indooccidentales. En la literatura de este período sobre la sociedad colonial se advierte un impresionante contraste entre la magnitud de los males sociales denunciados y lo pedestre de las recetas que se proponen para curar esos males. Una vez más, ese fue el defecto del análisis de la Comisión Moyne, pues ésta falló gravemente al estimar la importancia de desarrollar un liderazgo indooccidental bien entrenado, que podría aprender a administrar sus propios asuntos, deficiencia gráficamente ilustrada por el hecho de a pesar de que la Comisión mencionó la necesidad de instituciones especiales —un instituto educativo, una escuela de agricultura, un centro para entrenar trabajadores sociales, una escuela de higiene— no mencionó en absoluto la enorme contribución que una universidad local hubiera hecho a la vida social e intelectual de las Indias Occidentales. Tal aportación había sido concebida, mucho antes, por el ministro blanco James Phillip en el caso de Jamaica (1843) —isla donde él residía— y por el *Keenan Report* sobre educación en el caso de Trinidad (1869). El legado social del colonialismo —las implicaciones sociales bien arraigadas del régimen colonial que habían sido eclipsadas por la tendencia a considerar al colonialismo como un hecho político— evidentemente sólo podría constituir imperativo problemático para otras fuerzas y para otros recursos.